

Aparcamiento en zona marrón

Reconozcámolo, tener que ir de buena mañana a un cliente es un fastidio. Madrugar, coger el coche, recoger al equipo, comerte un atasco, llegar al cliente una hora después de haber salido de casa con el hastío de quien ya lleva todo el día sin parar... y eso contando con que no tengas que perder aún más tiempo buscando dónde aparcar.

Por suerte, los clientes situados en polígonos o en zonas apartadas de la ciudad no suelen tener este problema. Esta empresa, en concreto, estaba en una zona bastante rural, alejada de la urbe y prácticamente en contacto con la naturaleza. Lindante a ella había un pequeño prado en el que las vacas pastaban libremente, permitiéndose incluso salir de vez en cuando del cerco parcialmente vallado. Se podría decir que el cliente estaba literalmente en medio de la nada. Entre las pocas ventajas que tenía acudir a una zona tan apartada estaba la facilidad de aparcar. En la parte trasera de la empresa, había un descampado de tierra lo suficientemente amplio para poder dejar el coche, visible incluso desde la ventana de la sala en la que estábamos auditando.

Aquella mañana llegamos al cliente a la misma hora de siempre, tan somnolientos como de costumbre. Al aparcar, nos dimos cuenta de que, debido a la lluvia de la noche anterior, el suelo estaba bastante humedecido. Por suerte, la zona de tierra para aparcar era amplia y permitía buscar una zona poco embarrada que evitara que nos mancháramos los pantalones o los zapatos.

El día estaba transcurriendo con tranquilidad hasta que escuchamos el sonido de algún objeto que golpeaba algo metálico. Al principio no le dimos demasiada importancia hasta que, segundos más tarde, observamos un trozo de barro estamparse violentemente contra la ventana de nuestra sala. Espantados por la virulencia del golpe, acudimos rápidamente a la ventana para ver qué estaba sucediendo. Cuando nos asomamos, pudimos ver que una de las vacas del pasto contiguo se había acercado al terreno en el que habíamos aparcado el coche a hacer sus necesidades. No contenta con ello, había empezado a cecear la tierra en la que acababa de evacuar provocando una lluvia de barro y excrementos que cubrió gran parte del coche y de la pared de la empresa.

Antes de que el jefe de equipo —dueño del coche— pudiera salir del estado de shock en el que se encontraba, empleados de la sociedad ya habían acudido a sacar a la vaca de aquel lugar y así evitar males mayores. Al final, el estropicio se limitaba a tener el coche embarrado y enmierdado, pero no había daños materiales. Sin embargo, cuando llegó la hora de comer apareció el verdadero drama. Necesitábamos el coche para poder desplazarnos hasta el restaurante más cercano y, pese a que el jefe de equipo había puesto todo su empeño en limpiar aquello tanto como pudo con unas toallas, no logró evitar que el olor quedara impregnado en su vehículo y nos acompañara tanto en nuestro paseo hasta el restaurante como durante nuestra vuelta a casa.

Tras aquel agradable paseo en el que no pudimos más que planear comernos una hamburguesa al llegar a casa como venganza hacia el mundo vacuno, acordamos con el cliente aparcar en otro lugar durante el resto de los días que nos quedaban en la empresa. Desde entonces, evitamos dejar el coche en un lugar donde esté expuesto a posibles calamidades.